

NO A LA GUERRA

**Yo ví en la sala blanca
del más blanco hospital,
una madre junto a su
hijo muerto.
Rezaba pero no
lloraba...**

José María Pemán

miguel pereyra

El artículo que presentamos aquí merece una pequeña introducción. El lector no hallará en él un razonamiento científico que suele encontrarse en los manuales de teología moral. Su carácter pre-científico es lo que creemos de valor e interés. Lo que el autor nos ofrece es una lúcida vivencia personal, la experiencia de la vida de gracia que debe fundamentar una moral cristiana sobre la guerra.

La vida cristiana es, en las palabras de San Pablo, una nueva creación; es el desprenderse del "hombre viejo" para vestirse de Cristo. La vida moral del cristiano no puede determinarse, por tanto, desde un punto de vista meramente racional, sino que es la expresión de la entrega personal a Cristo. La moral cristiana intenta explicar y vivificar la experiencia de la vida de gracia; no puede sustituirla. El artículo que sigue subraya de manera clara la experiencia que ha de ser la base de la moral sobre la guerra de los seguidores de El que dijo: "Oísteis que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Más yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por vuestros perseguidores". (Mt. 5, 43-44).

no he visto la guerra

"Sí a la paz" ha sido el slogan de un referendun. No a la guerra debía de ser la respuesta unánime de toda la humanidad.

No he vivido ninguna guerra. Nací en el treinta y ocho en un San Sebastián ya en paz. De chico, en los años cuarenta y tantos, recuerdo los partes anunciando las distintas campañas de la segunda guerra mundial. Epocas más victoriosas para los ejércitos alemanes y unos últimos años en los que la radio anunciaba victorias aliadas.

El anuncio de las primeras bombas atómicas caídas sobre núcleos civiles japoneses, fueron un aldabonazo más de la brutalidad de la guerra, en mi sensibilidad de niño.

Acabó la guerra y en los primeros años de post-guerra, recuerdo reportajes vistos en el colegio sobre los bombardeos de Berlín y la imagen que nos traían de los países centrales los niños austríacos recogidos en familias españolas.

Luego vimos la guerra en las películas americanas, una guerra más son-

riente en que los malos eran siempre los japoneses.

Más adelante vino Indochina, Corea, Argelia y el aplastamiento de Hungría, la lucha por Suez y, por último, Vietnam, esa guerra que cada día es más impopular.

no levantes la mano contra tu hermano

Pero todas estas referencias son referencias lejanas y no tienen todo el valor de episodios vividos. El que ha vivido un bombardeo nunca lo olvidará. El que ha estado en la trinchera guardará para siempre las imágenes de la guerra y el que ha caído herido o prisionero siempre lo recordará. Las familias destrozadas, desplazadas, divididas, tienen todas una imagen distinta de lo que es una guerra, que los que sólo la conocemos por periódicos y reportajes.

Ultimamente he tenido ocasión de vivir durante tres meses en un hospital. Reconozco que no es lo mismo la imagen que todos tenemos de lo que es un hospital, que su realidad desnuda y dolorosa.

Es evidente que la vida moderna con su ritmo acelerado pide, como contrapartida, un número de accidentes casi desmesurado. La ciencia y la medicina luchan cada día por hacer frente y suavizar la realidad dolorosa de tantos accidentados y se busca afanosamente una mayor seguridad tanto en el tráfico, como en el trabajo.

Pero la vivencia que he sentido al contacto con el hospital es la monstruosidad que esos accidentes, esos hospitales pueden ser fruto de un enfrentamiento de hombres contra

hombres, con sus armas de destrucción y por la lucha de ideologías e intereses económicos que el soldado muchas veces ignora.

Como consecuencia de esto, mi NO A LA GUERRA es hoy más radical y convencido que antes. Se me podrá objetar que mi posición responde más a un sentimiento que a una argumentación. Es posible.

Reconozco que las situaciones que provocan las guerras modernas son lo suficientemente complejas como para no poder simplificar y problematizar fácilmente sobre ellas. Pero que una situación sea compleja y de difícil solución no nos impide orientarnos hacia lo que debía ser la verdadera solución.

El que la conquista del Oeste se realizase con la justicia personal y de las pistolas, no impidió que la ley tratara de abrirse camino e implantar su dominio frente al de los pistoleros. Hoy juzgamos con la Historia en la mano y acusamos a otras épocas llamándolas bárbaras. Quizá la Historia nos acuse muy duramente a nuestro siglo XX con sus guerras civiles y mundiales porque no hemos sabido respetar el derecho y hemos acudido a la dialéctica de las pistolas. Y no solamente de las pistolas, sino de bombas atómicas y hemos llegado a una carrera loca de armas nucleares.

Quizá la Historia no nos perdone que mientras la tercera parte de la humanidad padece hambre y mientras la India, China, América Latina y Africa necesitan pan, escuelas y viviendas, ese dinero nos lo gastamos en armas. Y la mejor utilización de ese dinero empleado en gastos militares, es que sea inútil. Porque si esas armas llegan a utilizarse será para desgarrar y destruir lo poco que todavía hay.

En la guerra del catorce los primeros objetores de conciencia tuvieron sus mártires. Eran enviados al frente para que al negarse en la trinchera a luchar, poder ser declarados desertores y juzgados por una justicia militar muy fuerte en tiempo de guerra. Algunos objetores de conciencia ingleses confinados en una cárcel de Francia, tratados a pan y agua y totalmente aislados, fueron capaces de enviar un mensaje de angustia en un papel de fumar. Un periódico publicó el mensaje y la opinión pública defendió a esos hombres, pero ya algunos habían muerto.

Hoy, en nombre de la civilización, del respeto personal y del respeto al derecho, tienen que nacer no objetores de conciencia, hombres aislados, sino naciones enteras que apoyando una organización internacional fuerte y un respecto al derecho internacional, hicieran su objeción de conciencia al crimen que supone una guerra y empleasen sus gastos militares para ayudar a los países subdesarrollados.

Se me acusará de simplista, pero nunca se ganará al comunismo por las armas, sino por la justicia social.

Y siempre habrá grupos económicos, personas e incluso instituciones para quienes la guerra es un beneficio y un negocio y no les interesa la paz.

no a la guerra, incluso frente a los comunistas

Leemos en la prensa que los disturbios comunistas en China han causado mil muertos y nos quedamos tan tranquilo. Hablamos de un millón de muertos de nuestra guerra civil como si fuera una cifra indi-

ferente y no se tratase de un millón de vidas truncadas en una lucha fratricida.

Johnson, al comenzar el año, anuncia al Congreso Americano una subida en los impuestos y una voluntad de incrementar la guerra mientras las negociaciones de paz no prosperen. U Thant pide, como condición previa a unas negociaciones, el cese inmediato de los bombardeos de Vietnam por parte de los americanos. Y mientras tanto el pueblo vietnamita sigue soportando años y años de guerra. De una guerra civil en la que también están implicadas naciones extranjeras.

Vuelvo a insistir en que si todos los gastos militares de Norteamérica en el Vietnam se hubieran empleado para el desarrollo de aquel país asiático, quizá hoy el Vietcong tuviera mucha menos fuerza y mucho menos que reivindicar. Y sin embargo seguimos confiando en pleno siglo XX en la dialéctica de las armas.

En Lovaina ví, en distintas paredes, carteles que decían: "España 1936, Vietnam 1966".

Detrás de la guerra civil vietnamita está también el enfrentamiento internacional del capitalismo americano frente al comunismo nor-vietnamita e incluso chino.

Para Johnson la papeleta es difícil. En Vietnam se juega su carrera política. Pero da la impresión de que hay demasiado apego en las propias posiciones para poder llegar a un acuerdo.

Sin embargo, no tenemos más remedio que, a pesar de todo, seguir condenando la guerra. Jamás podremos justificar tantas víctimas inocentes, tantos hombres muertos y heridos por no saber llevar los conflictos a la mesa de negociaciones. Y vuelvo

a insistir: Al comunismo nunca le venceremos por las armas.

En conclusión: Nó a la guerra, incluso a la de Vietnam, es nuestra posición firme. Y no se quiera argüir con la distinción un poco trasnochada, entre guerra justa y guerra injusta. Es fácil que hoy no sea posible —lo afirmo como una opinión perfectamente defendible— que haya una guerra justa, porque los males que se desencadenan en una guerra moderna siempre son mayores que los que se quieren evitar.

Con el Papa en la O.N.U., levantamos el grito de guerra a la guerra y nunca podremos estar tranquilos mientras no luchemos por la paz.

Se afirma que al comunismo hay que hacerle frente con las armas porque solo se puede dialogar con ellos y tenerles cierta tolerancia cuando son minoría, pero, una vez que alcanzan ellos el poder, se acabó todo diálogo y toda tolerancia. Únicamente se puede bailar al ritmo que ellos marcan. Así pasó en Rusia, China y Cuba. Sin embargo, no olvidemos la situación angustiosa de la Rusia de los Zares, el hambre y la miseria del pueblo chino y las terribles injusticias del sistema capitalista de Cuba. Esas fueron las causas del comunismo en esos países y no que faltaran ejércitos para hacerles frente.

NO A LA GUERRA debe ser un ideal más fuerte y convencido que el sí a la paz.

no A LA
GUERRA